



Comisión interfranciscana de **Justicia y Paz** e integridad de la Creación



EL VIRUS DE LA DESIGUALDAD Y LA PANDEMIA DE LA POBREZA

FEBRERO 2021

Un virus invisible a primera vista -para verlo hace falta utilizar el microscopio-, está poniendo el Mundo en que vivimos de vuelta y media. Parece como si estuviéramos viviendo inmersos en una balsa que va a la deriva llamada pandemia. Como si todo se quedase sin base firme.

Los que vivimos en una situación normalmente segura y sin mayores sobresaltos, nos olvidamos con mucha facilidad de que hay un mundo al otro lado en el que la situación a la deriva la llevan viviendo siempre y con muy pocas posibilidades de salir a un lugar más seguro y sin vivir a merced de la mala suerte y lo de la mala suerte no es por ser marcados por bolitas que tocan en un maldito bombo de lotería gafada.

El **virus de la desigualdad** y la **pandemia de la pobreza** lleva a un buen número de hermanos y hermanas a vivir como descartados.

¿Quiénes son los descartados? Podemos decir que son las personas a las que no consideramos dignas de estar entre nosotros y por eso, las excluimos de nuestra vida social. Estas personas son postergadas, apreciadas en menos de lo que como personas, que nunca dejarán de serlo, les corresponde.

Estas personas sufren de **invisibilización**; esto nos lleva a omitir la presencia de los grupos sociales que descartamos. Los procesos de invisibilización afectan particular-



mente a grupos sociales sujetos a relaciones de dominación.

Las actitudes de invisibilización suelen estar íntimamente relacionadas con procesos destinados a imponer la superioridad del grupo social dominante sobre los otros. Así surgen el racismo, el sexismo, el eurocentrismo, la homofobia y los procesos de discriminación en general.

En los procesos de invisibilización recurrimos a estereotipos y generalizaciones que impiden la integración de estos grupos sociales. La invisibilización es un proceso que desarrollamos desde la construcción del concepto social “el otro” o “los otros”, por oposición al “nosotros”.

De continuar con esta lógica perversa se va a construir un camino que llevará a nuestra propia sepultura. Lo que estamos haciendo en Europa contra los refugiados, rechazando



su presencia entre nosotros, alcanza niveles de inhumanidad de gran crueldad. Pero “ningún humano es una isla; por tanto, no preguntes por quién doblan las campanas. Doblan por ti, por mí, por toda la humanidad”.

Las políticas de extrema derecha, violenta y cruel, para las grandes mayorías pobres, están favoreciendo este camino.

Estos procesos de invisibilización y discriminación desaparecerán cuando sea-mos capaces de construir una civilización humana, y ya no solo de esta o aquella nación, en el que predomine la idea del “nosotros” para toda la especie humana, del mismo modo que hoy predomina la idea del “nosotros” para ciertas naciones, culturas y grupos sociales.

Vamos a personalizar a las personas descartadas:

- Los sin techo. Duermen alrededor de 30.000 personas noche tras noche en nuestras calles o en albergues.
- Los manteros, siempre perseguidos por la policía, que les quita la mercancía que intentan vender para sobrevivir.
- Las mujeres. 293.000 viven en España con una pensión que ronda los 400 euros al mes (13 euros al día, un día tras otro).
- Los temporeros.
- Las personas mayores de 80 años no atendidas adecuadamente en esta pandemia del coronavirus.
- Entre el 30 y el 50% de las personas cuyas edades están comprendidas en la franja de la tercera edad viven en una soledad no deseada.
- Las minorías
- Los pueblos no europeos,
- Las personas y grupos que no tienen la piel clara...

Cada día mueren 25.000 personas de hambre en el mundo; más de 9 millones al año y de ellos 6 millones son niños.

Mientras el gobierno del estado español siga invirtiendo 20.000 millones de euros en armamento, 6 veces más de lo que invierte en las aportaciones para el ingreso vital destinado a las personas con menos recursos, seguirá habiendo descartados entre nosotros.

Caminos de compromiso.

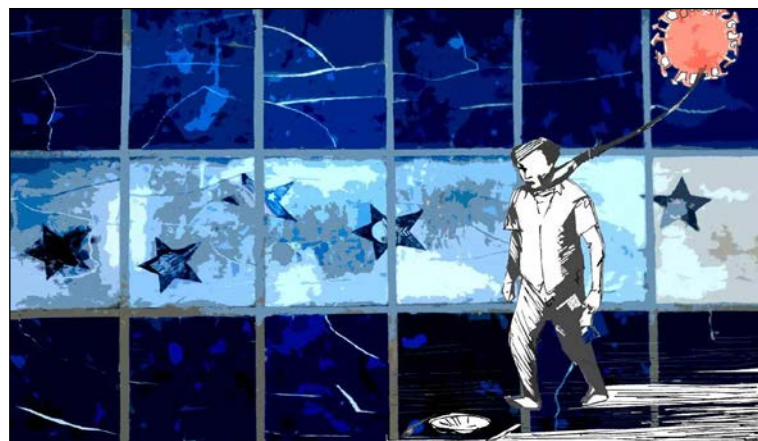
“Desde nuestra fe y ante la realidad en la que nos encontramos nos toca comprometernos; es decir, aportar nuestra buena voluntad y nuestras fuerzas para mejorar la vida” Papa Francisco.

Cada uno de nosotros somos llamados a impulsar esta necesaria apuesta conjunta por los más pobres: **SOY porque nos comprometemos**. Esta actividad solidaria nos hace más comunidad, y a la vez, a cada persona nos ayuda a crecer desde la ternura, la cercanía y la mirada delicada, dando así color de evangelio a todos los ámbitos de nuestra vida.

Nos hace conscientes de que no basta amar solo de palabra, sino que debemos de hacerlo con obras, anima a vivir de forma comprometida e invita a poner a las personas que sufren en el centro de nuestra comunidad, siguiendo el ejemplo de Jesús, que pone a los niños descartados en el centro, por encima del poder y del dinero.

Pistas que facilitan la reflexión y la puesta en práctica de estas intuiciones: Dar respuestas a **¿qué puedo hacer yo?**

Puedo estar atento a la realidad de mi barrio, de mi pueblo, acercándome a aquellas situaciones donde alguna persona lo necesite.



Colaborar con Cáritas u otras organizaciones para compartir tiempos, bienes, saber y posicionarnos, poniendo voz a situaciones en las que la injusticia se halle presente.

Participar en acciones donde se denuncie la vulneración de los derechos humanos, difundiendo estas situaciones en las redes sociales o el boca a boca.

Nos toca mantenernos firmes y alegres en nuestra apuesta, dando acento solidario a nuestra vida creyente, anunciando y celebrando juntos la fe que compartimos.

La palabra mayor y última que debe gritar en nosotros y unirnos a toda la humanidad es la de la solidaridad y compasión por los afectados por la pandemia de la pobreza. Las tragedias, en este caso pandemias, nos dan la dimensión de la inhumanidad de la que somos capaces, pero también dejan surgir lo verdaderamente humano que habita en nosotros, más allá de las diferencias de etnia, ideología o religión. Lo humano en nosotros hace que nos cuidemos juntos, nos solidaricemos, lloremos y nos enjuguemos las lágrimas juntos, oremos juntos, busquemos juntos la justicia social, construyamos juntos la paz.

Esta pandemia de la pobreza debe golpear nos en lo más hondo de nuestros corazones, debe llevarnos a repensar los fundamentos de la convivencia humana y del cuidado de la Casa Común, la Tierra, como pide el Papa Francisco en su encíclica *Laudato Si'*.

El tiempo apremia y esta vez no hay un plan B que pueda salvarnos. Tenemos que salvarnos todos, pues formamos una comunidad de destino Tierra-Humanidad.

Para cuidarnos como hermanos y hermanas es necesario optar una y otra vez porque la justicia sea una realidad y lleve a satisfacer las necesidades de los más vulnerables. El Estado debe estar presente con medidas sanitarias, escuelas y creando espacios de convivencia, cultura y ocio.

Nuestras comunidades deben ser el primer lugar de encuentro humano y personal de los pobres con el rostro de la Iglesia. Debemos mostrar compasión por la "carne heri-



da" de los hermanos descartados, para sanar heridas y calentar corazones, visitándolos en la enfermedad, apoyando a las personas y familias sin trabajo, abriendo la puerta a todos cuantos pasan necesidad. Con la mirada puesta en los últimos, la comunidad evangeliza y es evangelizada por los pobres, redescubriendo así la implicación social del anuncio del Evangelio en sus diferentes ámbitos, sin olvidar la "regla suprema" de la caridad en base a la cual seremos juzgados.

Si no desarrollamos nuestra capacidad de tener compasión, de llorar con los hermanos descartados, no terminaremos de entender y vivir el evangelio, el camino que nos abre Jesús con su entrega en la Cruz.

Nos toca tener manos y pies disponibles desde un corazón abierto.

Asumir la urgencia del ya. El grito de los descartados ya no puede esperar. Esta urgencia nace de la vida, que es ya. El dolor humano ya no puede esperar. Toda acción, toda programación, debe ser ya, aquí y ahora.

La espiritualidad profunda que nos toca vivir consiste en enraizarnos en la realidad. Partir de ella, porque creemos en el Emmanuel, el Dios con nosotros.

En el fondo de todo está el abrazo místico. Somos responsables de todos. Los anhelos de los demás son nuestros anhelos. Eso es lo que significa rezar juntos el Padre Nuestro: rezar al Padre que no descarta a nadie.



El buen samaritano lleva al pobre herido a la posada; en nuestro caso, la Iglesia es la posada en la que Jesús deja a los descartados para que cuidemos de ellos. Y cuidarlos con el pan y el vino de la eucaristía y el aceite del Espíritu. Esta es la misión que Dios nos confía para hacer la Casa Común.

La crisis existencial que desencadena la pandemia de la pobreza es una llamada a reactivar los espacios de escucha, de acompañantes, ante tantos que hoy se preguntan por el servicio de su vida.

El Papa Francisco nos dice en Querida Amazonia n. 15: *“Es necesario indignarse, como se indignaba Moisés (cf. Ex 11,8), como se indignaba Jesús (cf. Mc 3,5), como Dios se indigna ante la injusticia (cf. Am 2,4-8; 5,7-12; sal 106,40). No es sano que nos habituemos al mal, no nos hace bien permitir que nos anestesien la conciencia social mientras ‘una estela de dilapidación, e incluso de la muerte, pone en peligro la vida de millones de personas’. Las historias de injusticia y crueldad deberían provocar un profundo rechazo, volvernos sensibles para reconocer formas actuales de explotación humana, de atropello y de muerte. No podemos poner paños calientes a la realidad. La cuestión es: ¿Cómo crear conciencia acerca de las heridas abiertas al mundo?”*



A nosotros, creyentes cristianos, ante esta realidad, nos suenan las palabras bíblicas: “¿dónde está tu hermano? ¿acaso, yo soy el guardián de mi hermano?” (Gn 4,9). A la pregunta del Dios de la Vida ¿cuál será nuestra respuesta ante el drama de injusticia que pasan muchos que son nuestros hermanos y hermanas?

Concluimos con una frase de Teilhard de Chardin: *“Si no tengo fe en el mundo, no puedo creer en Cristo; si no creo en Cristo, dejo de poder amar al mundo. Por consiguiente, todo en mi equilibrio interior está ligado a una conjugación posible de estas dos realidades supremas en una única realidad, abarcando un único acto de adoración”.*

y no olvides...



Comisión interfranciscana de
Justicia y Paz
e integridad de la Creación

